

CATULLE MENDÈS
(1841-1909)



PARA LEER EN EL
CONVENTO

Centenario de la muerte de Catulle Mendès

Título Original: *Pour lire au couvent.*

Edición original: Marpon et Flammarion, editores, París 1887

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

REVERENDAS HERMANAS

Puesto que circulan por el mundo palabras difamatorias acusándome injustamente de haber escrito algunos cuentos poco recomendables para ser leídos por los dulces y celestiales ojos de las pequeñas inocentes, quiero demostrar que no soy incapaz, más que cualquier otro, de contar historias puras y edificantes; y pondré en este libro toda la diáfana blancura de los frágiles muguetes y todas las inocencias de los jazmines que crecen en la sombra. Esta vez escribo para vosotras, honestas monjas, apartadas del mundo, que miráis el cielo; para vosotras también, pequeñas internas de los conventos. Sé que nuestras prosas y nuestros versos, – no más que las notas dulces, –no pueden insinuarse al otro lado de la rejilla. No, ¡nunca leísteis novelas por las noches a escondidas! Y las superiores vigilan con severidad vuestros pudores. Pero espero que se haga una excepción en favor de este libro que se leerá, no subrepticamente en las celdas, sino en voz alta en el refectorio durante las sobrias comidas; y si, en una de estas páginas, se encontrase una palabra que yo hubiese escrito por descuido, una palabra cuyo sentido entrevisto tornase un poco rosada la palidez de un rostro, aún en ese caso, el daño no sería grande, porque no se ve que el cielo retumbe porque una roja cochinilla se haya posado sobre la blancura de una flor de lis.

LA HERMANA PÁLIDA

I

Era la única hija del más grande rey de Asia. Como podéis imaginar nada le faltaba de lo que pudiese proporcionar la felicidad a una joven princesa. Vivía en un palacio de jade rosa, donde daba el sol a todas horas; sus hermosos pies descalzos, cuando pasaba de una habitación a otra, languideciente y atendida por sus sirvientes negros, se hundían en las mullidas alfombras que la calzaban con caricias; y a todas horas, unas invisibles orquestas tocaban músicas que habrían maravillado los oídos más delicados. Ni que decir tiene que poseía en cofres hechos de una sola piedra de luna todos los diamantes, todos los rubíes, todos los zafiros que puede soñar la ambición más exigente de una coqueta; se habría podido pavimentar una ciudad entera dispersando tantas piedras preciosas. Sus trajes eran de usar y tirar, y en ellos se habían empleado muselinas de Sririnagor, los ligeras lanas de Cachemira, las finas sedas de Cherbussy y de Ispaban. Pero sobre todo lo que exaltaba con una desmesurada alegría el espíritu de la princesa, eran los maravillosos jardines que rodeaban su palacio. Allí, jamás había caído una gota de agua del cielo que no fuese eternamente azul; allí, las flores más raras se abrían, magnífica y violentas, hinchadas de savia, calentadas por el fiero verano, inclinando sus cálices que lloraban bálsamos; allí, los feroces animales del bosque y de los barrancos, leones, tigres, panteras, eran como cariñosos gatitos que maullaban de placer bajo la mano que los acaricia (se veían de repente, entre un ensanchamiento de cactus, unos movimientos de suaves melenas y las monstruosas sonrisas de las bocas); y sobre las flores ampliamente abiertas, sobre los animales errantes o indolentemente acostados en la tibia hierba, la luz del sol resplandecía con una furiosa magnificencia; todo era dorado, las hojas, los cálices, los guijarros de los senderos y las lejanas brasas del horizonte.

II

Sin embargo la princesa no manifestaba estar satisfecha con tanto esplendor; se la sorprendía sumida en tristes ensoñaciones; era evidente que se aburría y empalidecía, semejante a una rosa rosa que se convirtiese en rosa blanca. Se suponía general que tenía un deseo misterioso, una secreta pena. ¿Pero qué deseo? ¿qué pena? «Oh, mi bien amada hija, decía el viejo monarca, ¿por qué no me revelas la preocupación que te

aflige? ¿Acaso no sabes que soy todopoderoso y que, por verte sonreír, llevaría a cabo las más temibles empresas? Si no tienes suficientes piedras preciosas en tus joyeros, solo tienes que decirlo; yo conquistaré el reino de Golconde y el de Visapour para que nunca te falten brazaletes de gemmas ni collares de coral. ¿Pero tal vez deseas casarte? habla sin temor; di el nombre del que ha elegido tu corazón; y pongo al cielo por testigo de que lo tendrás por esposo, sea el heredero del más gloriosos de los soberanos o el bastardo de un leñador que ata gavillas silbando una tonadilla. ¿No? ¿no es el himeneo lo que te preocupa? ¿Tal vez encuentras que el radiante oro solar con el que brillan las jardines no es bastante brillante y sin suficiente calor? Si tal es lo que piensas, no me lo ocultes; pues, a fuerza de hecatombes y templos construidos en honor a los dioses, obtendré – para provocar tu sonrisa – que ellos redobles el esplendor de su sol.»

–Sí, carezco de algo, algo que quiero. Pero ¿qué es? no lo sé, ¡oh! en realidad no lo sé; y muero de un deseo cuyo objeto desconozco.

–¿Qué? – dijo el rey –¿no tienes ninguna idea...?

–No, – suspiraba ella, – ninguna idea precisa.

Luego, con los ojos caídos, con la voz cadente y lejana de alguien que habla en sueños, dijo:

–Tan solo sé que la cosa desconocida que me hace falta, la casa misteriosa cuya ausencia me desespera, es algo blanco y pálido.

III

Aconsejado por los más abnegados y fieles cortesanos, el rey se decidió a hacer viajar a su hija. Tal vez encontrase en algún país vecino o alejado, lo que deseaba de forma tan incierta y amarga; en cualquier caso, las sorpresas y las aventuras de los caminos la distraerían de su melancolía. ¡Nunca se había visto una caravana comparable en magnificencia con la que se formó para el viaje de la princesa! Delante un grupo innumerable de camellos que llevaban las provisiones y los equipajes, entre más de mil servidores vestidos de seda o ricamente armados, entre los que había algunos que tocaban el pífano y los tambores para marcar el ritmo de la marcha, ocho elefantes blancos, avanzando a igual paso, portaban una amplia plancha cubierta de tapices, y toda una casa de varios pisos se elevaba sobre la plancha en movimiento. Detrás de una ventana, con la frente en el cristal, la viajera miraba pasar las ciudades y los paisajes. Por desgracia, por todas partes, bajo la eternidad del azul cegador, ella vio las cabañas doradas por el sol, los oasis dorados por el so, y el oro infinito de los sables y el oro humeante del horizonte. Por todas partes el suelo se abría como desgarrado y mordido por el devastador sol! No valía la pena haber dejado los jardines de palacio para encontrarse en todos los lugares por los que pasaba, el implacable esplendor del perpetuo verano. Incluso cuando debió abandonar la caravana para subir a un navío, el sol no la abandonó, inflamado, furioso, haciendo brillar como una tela de oro la inmensidad del cielo y producir fulgores y destellos en la cima de las olas! La princesa se hundía cada vez más, y sin esperanza, en su irremediable tedio.

IV

¡Pero una tempestad cayó sobre el navío! A pesar de la habilidad del capitán y el celo de la tripulación, fue zarandeado durante más de una semana entre la rabia de las aguas y el viento; en cada momento se esperaba verlo precipitarse en algún abismo bruscamente abierto.

La única que no estaba asustada era la princesa, pues cuesta poco morir a quienes han perdido la esperanza en la vida.

Finalmente, al amanecer del octavo día, la tempestad se calmó. ¿En qué parajes se encontraba la embarcación? El mismo capitán no habría podido decirlo con precisión; era probable que hubiese sido empujado bastante hacia el norte, pues el alba era de una claridad muy pálida, fantasmal, semejando un sol muerto que se levanta sobre las olas y las ilumina con suavidad.

La princesa miraba esa luz fría que la envolvía como en un frescor delicioso. Luego, de repente:

–¡Oh! – dijo extasiada, deslumbrada, tendiendo los brazos hacia la orilla cercana; ¡oh! sobre la pendiente de esta montaña, bajo el día tierno y dulce, ¿qué es esa amplia blancura, allá, misteriosa y desconocida, que sube, sube y se pierde en el cielo palideciente?

Uno de los marineros respondió:

–Es la nieve, Señora.

–¡Nieve! ¡Nieve! eres lo que quería – dijo ella, –y es a ti a quién amaba, hermana mía!

Entonces, pese a que trataron de disuadirla de su proyecto, ordenó desembarcar. Saltó la primera sobre la pálida orilla y se tumbó sobre la nieve, tocándola con sus manos abiertas, besándola con sus labios pronto también fríos. Y, tras un sobresalto, no se volvió a levantar. Quedó acostada sobre la blancura, inmóvil, sonriente, más feliz que todos los vivos. Había muerto de su beso a esa nieve, en la delicia de un escalofrío.

EL VESTIDO DE NOVIA

I

Se produjo una gran desolación en el sendero del bosque, cuando se supo que Vicenta iba a casarse. ¿Y quién se lamentaba? las florecillas, las mariposas de la seda, y los hijos de la telaraña que tiemblan de una rama a otra? lo habéis adivinado. Las florecillas se dijeron: «¿Cómo es posible? Vicenta, ocupada en cocer el pan de su esposo y en los demás cuidados del hogar ¿ya no vendrá a recogernos sobre el seto primaveral?» «¿De qué nos servirá, dijeron las mariposas, tener alas más brillantes que los vestidos de las princesas, si Vicenta ya no corre tras nosotras, que simulamos huir de ella?» Los retoños de la telaraña pensaban: «No valdrá la pena estremecernos, suspendidos, desde una ramita de acacia a una hoja de limonero, si ya no tenemos la esperanza de mezclarnos con los cabellos de Vicenta que pasa cantando su canción.» Y allí, sobre el sendero del bosque, todos acordaron emplear todos los medios posibles para impedir que se produjera la temida desgracia. La novia no tenía más que dejarse ver; le esperaban unas sorpresas muy desagradables. Seguramente penséis que no se podía tratar de una terrible conspiración, pero os equivocáis. En aquél tiempo, los retoños de la telaraña, las mariposas y las florecillas del bosque eran una especie de hadas; y, contrariar a las hadas es algo que no os deseo.

II

El día de la boda estaba próximo.

Vicenta se dijo:

–Es verdad que soy tan bonita como la hija de un emperador, con mi gorrito de tela amarilla y mi falda de terciopelo. Pero sería bueno que para la noche de bodas tuviese una indumentaria más elegante.

Tenía en su hucha unas cuantas pequeñas monedas; fue a la ciudad a fin de comprar las convenientes prendas.

–¡Oh! ¡que gorro tan bonito! – dijo deteniéndose ante el escaparate de una modista. – Que bien me sentaría, florido con gavanzas tan frescas que se las tomaría por flores naturales. Pero seguramente cuesta muy caro; no está hecho para cubrir a una pobre leñadora como yo.

–A fe mía – dijo la vendedora, – hace tiempo que quiero deshacerme de él; llegas en el momento preciso. ¿Cuánto me ofreces?

Vicenta dijo enrojeciendo:

–Dos centavos. Nada más que dos centavos. No podría pagaros más.

–¡Bien! es tuyo. Yo no soy una modista como las demás; lo que más me gusta es vender mis mercancías a personas cuya belleza las realza.

Con el gorro en un estuche, la leñadora siguió su camino, muy contenta.

Había, en el escaparate de una gran tienda, un vestido que pareció a Vicenta el más magnífico del mundo; era tan sedoso, tan deslumbrante, tan vivo a la mirada que se habría creído hecho de muchas alas de mariposas una tras otra juntas.

–¡Ah! ¡qué pena que no sea rica! Con qué placer compraría este vestido pero sin duda una damisela de la corte podría tener bastante dinero para hacer tal gasto.

–Dios mío, dijo el vendedor, yo no soy interesado; siempre hay algún medio de llegar a un acuerdo. Veamos, ¿cuántos me ofreces por la falda y el corsé? Es cierto que jamás se ha visto nada igual; han sido diseñados y cosidos por una costurera que ha sido aprendiz en casa del mejor sastre de París.

Vicenta dijo enrojeciendo:

–Cuatro centavos. Si fuesen de oro, también os los ofrecería. Pero son de cobre, como podéis ver.

–¡Toma el vestido! te irá de maravilla. Solamente prométeme que me recomendarás a tus conocidos.

La leñadora prometió todo lo que él quiso y se feliz a más no poder. Sin embargo algo la preocupaba. Un gorro, un vestido, son cosas necesarias sin duda; una camisa no lo es menos. Vicenta sentía, no sin cierta aprensión, su pequeño cuerpo rozado directamente por la tela de su vestido. ¿Qué pensaría su marido viéndola desprovista de ese modo? Y se decía, completamente sonrojada de pudor, que era imprescindible tener una camisa, para que él pudiese quitarla. Estando pensando en esto, vio en otra tienda una ligera blanchura de batista y encajes, tan leve y tan blanca que se hubiese jurado que estaba hecha con retoños de telaraña; como había tomado valor con sus anteriores compras, Vicenta dijo a un hombre de pie cerca de la puerta.

–No es muy bonita esa camisa; las tengo mejores en mi casa. Sin embargo os la compraría si me la vendiese por tres centavos.

El vendedor pareció confundido.

–¡No contaba con tal ganga! – exclamó él – Toma, toma, y si quieres fantasía te daré incluidas en el precio dos presillas de amatista para retener las hombreras.

Fue de ese modo como Vicenta pudo regresar a su pueblo con un gorro, un vestido y una camisa que hubiesen hecho envidiar a la primogénita de un rey.

III

Ni que decir tiene que el día de la boda, la leñadora fue intensamente envidiada a causa de la hermosa indumentaria que tenía. ¿Cómo había hecho para procurarse tales prendas? Las damas de honor se hablaban en voz baja con lengua viperina. Pero el novio, porque estaba muy enamorado, apenas reparó en el bonito gorro florido de gavanzas, ni en el magnífico vestido color de alas de mariposa. Lo que le importaba era lo que estaba debajo del gorro y del vestido; y, dejando conversar y beber a los demás en la sala del albergue, arrastró a Vicenta, una vez caída la noche, a la cabaña en la que él vivía al doblar el camino.

Cuando estuvieron solos:

–¡Oh! ¡Qué hermosos cabellos tienes – dijo él – rubios como espigas al sol y perfumados como el heno maduro!

Y, para ver mejor, para besar la cabellera de oro, quiso quitar el gorro. Pero no pudo. ¿No era raro? de sus tallos, de sus espinas, las florecillas se aferraban a los rizos de la oreja y del cuello. «¡Ay! ¡ay! me haces daño, amigo mío! » se quejaba la recién casada. Él no era lo bastante bruto para hacerla sufrir ya, sabiendo que ella pronto debería gemir por un motivo más justo; y no se preocupó más del impertinente gorro. Otro deseo lo ocupaba a causa del corsé dulcemente hinchado, como cubriendo dos naranjas vivas; y, tomándola sobre sus rodillas, trató, –consintiendo ella y volviendo la cabeza – de desabrochar el vestido. ¡Eso fue otra historia! la tela tan sedosa, tan brillante, tan viva y luminosa, resistía, no dejaban la piel, defendiéndose con todos sus broches encarnizadamente. No, hiciese lo que hiciese, no podía triunfar sobre ese vestido tan bien cosido decidido a no entreabrirse, – ¡sin embargo fue en París donde lo habían hecho!– y la misma Vicenta comenzaba a mostrarse un poco sorprendida e inquieta. Pero el marido sonrió, pues un pensamiento muy natural lo había invadido. Se arrodilló ante su esposa, se bajó, y puso como por descuido sus cariñosos dedos en la espalda de la novia. ¡Arrancó un gran juramento! unas clavijas en las caderas, una camisa de encajes más sólida que una armadura, aunque fuese tan blanca y ligera como hecha de retoños de trepadora, enlazaba, envolvía, atenazaba inexorablemente a la pequeña esposada. En una esquina de la cabaña, el estrecho lecho nupcial, a medias abierto y con las sábanas color de nieve, parecía burlarse de ellos.

IV

Transcurrida una hora, – imaginad los esfuerzos que él hizo – el marido, invadido por la rabia, sudoroso, ¡realmente se encontraba en un estado que daba pena! ¿No era un infortunio estar tan cerca de su dicha sin poder obtenerla? me gustaría ver que cara pondrían en semejantes circunstancias aquellos que están tentados a reír del contratiempo en el que se encontraba el marido de Vicenta. En cuanto a la pequeña leñadora, sin pronunciar palabra, ponía una cara de disgusto que expresaba todo lo lejos que estaba de encontrarse absolutamente satisfecha.

Pero un ruiseñor, que se podía ver por la ventana abierta, se puso a cantar en un rosal, y cantando decía:

–Va, va, pobre muchacho, te esfuerzas en vano, no conseguirás quietarle el traje de novia; pues está hecho de florecillas, de mariposas y de retoños de telaraña, que son hadas y te desafían.

–¡Pues bien! ¡me vengaré! ¡Iré al sendero del bosque! ¡y prenderé fuego!

–¡Bah! otras gavanzas florecerán, otras alas volarán, y el tallo de la telaraña es inquebrantable. Mejor harías en llegar a un acuerdo con tus enemigos.

–Creo en efecto, – dijo Vicenta, –que esa sería la decisión más sabia.

–¿Qué es lo que exigen? –pregunto el recién casado.

–Promete no ocupa ra Vicenta en cocer tu pan ni en los demás cuidados del hogar, y dejarla cantar su canción, como antes, en el bosque.

–De acuerdo, lo juro.

–Entonces, – dado que las florecillas, las mariposas y los retoños de la telaraña, conocían al marido por ser un honrado muchacho incapaz de faltar a su promesa, – el gorro voló súbitamente como bajo un golpe de viento, el gorro, el vestido ¡y la camisa también!

LOS TRES BORRACHOS

I

Un día, tres hermanos caminaban juntos por el mismo camino, tres jóvenes desgraciados a más no poder; pues eran los hijos del rey de Mataquin, vencido, destronado, asesinado un año antes por un monarca de los alrededores; si ya resulta espantoso para los hijos de los miserables errar sin cobijo desde el amanecer hasta la noche, y dormir en las noches frías con una piedra por almohada, bajo la techumbre de alguna granja, más cruel resultaba aún a los delicados señores que tenían por costumbre vivir en un palacio de mármol, provisto de suntuosos muebles, y de desperezarse cada mañana, hasta la hora del chocolate, en mullidos colchones de lumas, bajos cortina de satén dorado y terciopelos rojos.

–¡Esto es demasiado! – exclamó el hermano mayor dando una patada en el suelo – no podré soportar una vida así.

–¡Ni yo! – dijo el siguiente.

El más joven no dijo nada; era un muchacho silencioso que, sin jamás quejarse, mantenía la mirada baja, durante el día hacia las pequeñas flores de los barrancos y la levantaba por la noche hacia las pequeñas estrellas en la oscuridad; incluso cuando era príncipe, no hablaba demasiado, pasando horas paseándose bajo los árboles del parque, pensando en no se sabe qué, oyendo a los ruiseñores; y, algunas veces, extraía de su bolsillo una pequeña flauta de cristal, con la que imitaba el canto de los pájaros. Pero los desprezables que saquearon el palacio del rey se llevaron o destruyeron la flauta. Él la echaba de menos. Rubio, frágil, con el rostro pálido de una blancura un poco azulada, se parecía a una pequeña muchacha enfermiza que estaría convaleciente.

–Cómo me acuerdo – dijo el mayor – de cuando poseíamos toda la gloria y todas las riquezas...

–Cómo me acuerdo – dijo el siguiente – de las resplandecientes fiestas en las que las princesas bailaban la pavana con los hombros desnudos y su pie, calzado de oro, visible bajo el dobladillo de la falda de brocados...

–¡La desesperación aflige mi corazón y lo desgarrar!

–¡Ardientes lágrimas me devoran los ojos!

–Felizmente, he imaginado un medio de olvidar nuestras felicidades de antaño y nuestros infortunios presentes.

–¡Oh! ¿Qué medio? habla aprisa.

–¿No sabes que todos los recuerdos, los más dulces como los más amargos, se ahogan en el olvido de la embriaguez? Cuantas veces he envidiado a los borrachos que tropiezan contra los muros de los pueblos! Imitémoslos, hermano. Sígueme hacia esa taberna de donde salen ruidos de cristales entrecrocando.

–¡Eh! no tenemos dinero para pagar nuestras consumiciones.

–He encontrado dos perlas en el forro de mi traje. Toma esta, yo guardo la otra. Nos darán algunas jarras de vino a cambio.

–De acuerdo, te sigo. Pero no quiero emborracharme solamente con los labios en los vasos; las sirvientas de la taberna tal vez sean bonitas; beberé el olvido en la boca de las mujeres.

Y ambos se fueron sin preocuparse del muchacho silencioso que continuó caminando por el camino desierto. Tanto como duró el día, él miró las florecillas de los barrancos. ¿En qué pensaba? En la flauta rota. Y, desde que se hizo la noche, levantó la frente para ver salir las estrellas.

II

Sucedió que cada una de las dos perlas tenía un gran valor; un mercader judío, sentado en una mesa de la taberna, las tasó, las compró y las pagó caras.

Entonces, con los bolsillos llenos de monedas, el mayor no se limitó a beber el vino ordinario con el que se conforman los campesinos sin delicadeza. Fue a las ciudades y se emborrachó con los vinos más costosos. En su vaso lleno se sucedieron o se mezclaron el ilustre hohannisbert, color de pálido sol, el lacrima-cristi, que es como lava de oro fundida, los maderas y los malvasías, los burdeos, los temibles borgoñas y el brutal jurancon; bebió el falerne. Comparó el vino de Chio con el vino de Chipre, el talasite, que hay que poner a refrescar en la cala de un navío; y cuando había vaciado varias botellas de romané, o de saint-pourçain, o de garnacha, o de sauvignon, no le hacía ascos a algunas botellas de champán, a causa de la espuma que resultaba divertida. De modo que difícilmente se habría encontrado, incluso buscando mucho, a un borracho tan perfectamente ebrio como ese primogénito de un rey, y daba tumbos por las calles sin abrigo ni sombrero canturreando canciones.

Por otra parte, el hermano que le seguía, casi rico tras haber vendido su perla, se había dedicado a las gruesas sirvientas de brazos desnudos y de pañoleta oscilante sobre el pecho, que van de mesa en mesa, y, más tarde, de cama en cama. En muchas ciudades se topó con bellas damas. Se dio el gusto de desgarrar vestidos de satén de donde salían redondeces de nieve, y de morder bocas rosas que se fundían bajo el mordisco como frambuesas maduras. No transcurría nunca una hora sin que una joven mujer le dijese: «Te amo», pues derrochaba generosidad. Las morenas le gustaron, luego las rubias, luego las pelirrojas. Llegó un momento que las mezcló, no sabiendo que preferir. Envuelto de caricias se parecía a esos olmos de Italia por donde escalan unas trepadoras que dejan tomar sus frutos. Menos ardiente, tuvo elecciones singulares, esperando que las Cafrines le devolviesen el gusto por las Georgiennes, y una mulata sirvió de transición a su regreso hacia las rubias. ¡Allí se mantuvo resueltamente! Agrupó en su habitación, llena noche y día, más muchachas de cabellos de oro que un adolescente pueda tener en sueños. De modo que difícilmente se habría podido encontrar, incluso buscando mucho, un amante más entregado al amor que ese hijo de rey; cuando atravesaba las calles con su tropel de enamoradas, se parecía al glorioso Aretino seguido de cuarenta Aretinas.

Pero ni el mayor ni el siguiente encontraron, éste en la borrachera de los besos, aquél en la embriaguez de los vinos, el olvido completo de las glorias de antaño y del

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

